

RECUERDOS DE UNA VISITA A WHITEHEAD

Euryalo Cannabrava (*)

Con la muerte de Alfred North Whitehead desaparece la, tal vez, mayor figura de la Filosofía contemporánea. Su obra seguirá siendo discutida y sus ideas influirán mucho más hondamente en los próximos veinte o treinta años. La Filosofía de Whitehead contiene un mensaje importante para las generaciones futuras, pues su contexto aún permanece bastante oscuro, desafiando la agudeza de los críticos actuales, que difícilmente captan el sentido de esa Metafísica cuasi ininteligible. El lenguaje de Whitehead resulta de una extraña combinación de los recursos de un espíritu analítico, aplicado a las más trascendentes elucubraciones del raciocinio lógico-matemático, y de la experiencia lírica de un temperamento estético que se satisface con la pura contemplación del universo.

La contribución de Whitehead a la Lógica Matemática o Logística sólo puede ser comparada con la obra de Bertrand Russell sobre el mismo tema. Ambos escribieron un tratado monumental, en tres volúmenes, sobre los principios matemáticos (*Principia Mathematica*), que revolucionó los fundamentos técnicos de las ciencias deductivas. El libro de Whitehead sobre el álgebra universal, publicado en 1898, inició un enfoque de este tema que sólo últimamente adquirió la importancia y la difusión que su fecundidad en resultados positivos justifica ampliamente.

Los modernos recursos del álgebra abstracta, como teoría de las propiedades invariantes en relación con los sistemas isomórficos, fueron anticipados por Whitehead en las compactas páginas de su tratado, que contiene sugerencias e ideas todavía exploradas en el dominio del pensamiento matemático. La segunda fase de la Filosofía de Whitehead se caracteriza por la aplicación de estos recursos de la Lógica Matemática al análisis de las teorías de las Ciencias Naturales. Bajo este aspecto, el pensador inglés consiguió demostrar, mediante el empleo del método de abstracción extensiva, la estructura lógica de la teoría de la relatividad y la de los *quanta* en sus componentes o factores esenciales. Esta parte de la obra de Whitehead constituye, tal vez, su contribución más importante, capaz de sobrepasar todos los otros aspectos de una actividad polimorfa

(*) Euryalo Cannabrava, Profesor de Filosofía en el Colegio Pedro II de Río de Janeiro, actualmente Director de la Enciclopedia Brasileña, es uno de los pensadores brasileños de mayor envergadura. Hombre de pensamiento dinámico y de posturas enérgicas, es un buen escritor, tanto en portugués como en lengua inglesa. Desde su última estancia en los Estados Unidos, se dedicó a la corriente de la Lógica Matemática. Es autor de valiosas obras, como los *Elementos de Metodología Filosófica* (Sao Paulo, 1956); y los *Ensaio Filosóficos*, así como de una brillante y vigorosa disertación cuando la toma de posesión de su Cátedra.

El artículo que publicamos se halla en los *Ensaio Filosóficos* (Río de Janeiro, Instituto Nacional do Livro, 1957), ps. 121-25. La traducción es de C. Láscares C.

y profundamente renovadora. Ningún filósofo penetró más hondamente en el mecanismo del conocimiento natural, distinguiendo las condiciones específicas de las simples aprehensiones de la realidad, hasta las formas complejas de lo que denominó la síntesis orgánica.

El análisis de las finas conexiones entre naturaleza y vida, entre materia y espíritu, puso en prueba los principios fundamentales de esta dialéctica que hace concesiones al idealismo, sin abandonar el sólido apoyo de las ciencias empíricas. La Metafísica whiteheadiana oscila, así, entre el naturalismo científico-matemático y la tendencia hacia la abstracción especulativa que toca las raíces de las concepciones místicas e irracionistas del universo. Los puntos de contacto de su doctrina con el idealismo hegeliano fueron negados por el mismo filósofo, que declaró, una vez, no haber leído nunca al autor de la *Fenomenología del Espíritu*. Pero, a pesar de esta afirmación, los residuos de un hegelianismo de segunda mano parecen estar siempre presentes en las bases esenciales de esta aventura metafísica.

La oscuridad de *Process and Reality* y de las *Adventures of Ideas* facilita la justificación de los orígenes hegelianos del pensamiento de Whitehead. Las relaciones entre el pensador inglés y el metafísico germánico se configuran más evidentes en el terreno de la Estética y de la Filosofía Social. La afirmación de que la belleza guarda relación con las interconexiones de los varios componentes de la realidad y de que la finalidad propia del universo es la producción del fenómeno estético, aproxima a estos dos representantes de la filosofía del absoluto. En verdad, la última fase de la Metafísica whiteheadiana está impregnada de esta noción de valor y permanencia del proceso estético y de su importancia para una concepción general de la vida y de la naturaleza.

A este respecto, puedo aducir mi testimonio personal, pues, con ocasión de mi visita al filósofo inglés, en la ciudad universitaria de Cambridge, llena de tradiciones harvardianas, el tema principal de nuestra conversación fue el sentido estético de la cultura en los países latinoamericanos. A propósito de mi observación de que su Filosofía, como la de Jorge Santayana, tendría la mayor difusión en la América Latina, a causa de que ambas justifican la integración de los valores artísticos en la actividad especulativa, Whitehead se mostró profundamente impresionado. Sin querer, yo había tocado la fibra más sensible del filósofo. Nada le interesaba más directamente que el sentido estético de su obra. Durante nuestra conversación, me dí cuenta de que consideraba a la Filosofía mucho más próxima de la poesía: el arte y la literatura constituían una de las preocupaciones más intensas de su espíritu.

Los filósofos ingleses, al contrario de los norteamericanos, procuran evitar la especialización excesiva, recurriendo frecuentemente a la poética de ideas (*poetry of ideas*) como una especie de compensación frente a la influencia de la Lógica demostrativa. Whitehead siempre reveló poseer una fina sensibilidad literaria y artística, como lo prueban las admirables páginas que dedicó al estudio de la poesía lírica en el fin del siglo XVIII en Inglaterra. El filósofo británico percibió una auténtica revolución en el movimiento romántico de la poesía y del drama, que intentó superar el estrecho mecanicismo científico, elaborando un ensayo de interpretación lírica de la naturaleza y de la existencia. La reacción antimaterialista tuvo en Pope, Dryden, Wordsworth y Shelley auténticos precursores que procuraban defender la concepción orgánica de la naturaleza, atribuyendo a la vida la capacidad de unificar los aspectos multiformes del universo.

Esta función metafísica de la poesía había escapado a los críticos, pero Whitehead mostró poseer un sexto sentido para captar la significación nueva y el mensaje des-

conocido que los versos de Wordsworth y Shelley ocultaban bajo la apariencia del lirismo romántico. En estos románticos ingleses, el pensador encontró la confirmación de su tesis de que la Filosofía mantiene relaciones íntimas con la poética, y de que ambas procuran expresar aquéllo que se confunde con la misma esencia de la civilización. Recuerdo haber discutido con Whitehead, a propósito de este mismo tema, la idea de que el verdadero sentido de toda su obra era, en último análisis, el alcanzar un nuevo concepto de civilización. La fisonomía del filósofo, recostado en un sofá, en el pequeño departamento que ocupaba en el Hotel Ambassador en Cambridge, se animó y sus ojos brillaron con malicia. Con su voz pausada y un poco vacilante, me declaró que mi impresión, aunque lisonjera, le parecía falsa, pues era el primero en reconocer su profunda ignorancia de la Historia.

Como ya había vivido mucho tiempo (tenía en esa época ochenta y cinco años), nada más natural que el que conociese la historia que había tenido oportunidad de presenciar. Su frase, recuerdo exactamente, fue la siguiente: "La historia que conozco es la historia que he vivido". Durante toda la conversación, Whitehead mostró siempre el más vivo empeño en disminuir la importancia y el valor de su obra. No pude dejar de reflexionar, en consecuencia, sobre la enorme diferencia entre la actitud reservada y modesta de este hombre que fue, acaso, el mayor metafísico de su tiempo, y la autosuficiencia de nuestros genios improvisados, que sólo saben repetir las fórmulas vacías del positivismo o las ambiciosas generalizaciones de una supuesta filosofía perenne.